

Reseñas

Mario Ramírez Rancaño, 2000, *Ignacio Torres Adalid y la industria pulquera*, IISUNAM/Plaza y Valdés, México, 356 pp.

UBICAR LA PRESENCIA DE LOS EMPRESARIOS, su incidencia política y las relaciones familiares que establecen durante la época porfirista resulta uno de los principales aportes del libro de Mario Ramírez Rancaño. La figura de Ignacio Torres Adalid constituye el centro de esta investigación, pues la fama de este personaje se acrecentó hasta conocerse como el “rey del pulque”. Este hábil empresario sentó las bases de la industria pulquera y contribuyó significativamente a su despegue y época de mayor esplendor con la distribución y venta del mismo en los expendios de la ciudad de México. Por otra parte, su relación con la Liga de Agricultores de Tlaxcala le permitió ganar un espacio como diputado e incidir directamente en la política de la época.

El antecedente de esta investigación se ubica en un artículo publicado en el libro *Los empresarios mexicanos ayer y hoy*, donde el autor centra su atención en Torres Adalid, hacendado magueyero y forjador de la exitosa industria del pulque durante el Porfiriato. Mario Ramírez Rancaño nos presenta ahora el texto *Ignacio Torres Adalid y la industria pulquera*, investigación más completa que la primera versión. Aquí se encuentran hábilmente entrelazadas dos grandes líneas: el inicio y auge de la industria pulquera y la biografía de Ignacio Torres Adalid. Cada temática ocupa seis capítulos respectivamente y ofrece al lector la ventaja de que puede ser consultada por separado sin perder su sentido.

A partir de la importancia de los empresarios en México durante el Porfiriato, el autor se plantea reconocer las características personales de Torres Adalid, centrándose en su desempeño empresarial y su vinculación con el poder político del *grupo de los científicos*, ejercido a través del tejido de relaciones familiares y personales que establecieron en la sociedad porfiriana.

El autor plantea la interrogante de conocer la esfera de influencia de Torres Adalid en Tlaxcala y el seguimiento de su participación en la Fundación de Beneficencia Privada. Esta actividad entra en contraste con la fuerte crítica contra los hacendados pulqueros emprendida por José Vasconcelos en su artículo “La aristocracia pulquera”, publicado en 1921.

En la investigación se recuperan distintos discursos. Entre ellos, se menciona la actitud de desprecio hacia el pulque, fundamentada en argumentos racistas y clasistas con los que fue estigmatizado, para luego reconocer las bondades ecológicas de la planta del maguey y su potencial industrial. Entre otros trabajos, el de Francisco Bulnes *El pulque. Estudio científico*, busca argumentos científicos para limitar la creencia en la alta

gradación alcohólica del pulque y subrayar sus propiedades alimenticias como parte fundamental de la dieta del mexicano.

Por otro lado, los detractores de la bebida aluden a las consecuencias que acarrea el problema del alcoholismo en la población y al extendido consumo del pulque en la ciudad de México como causa de la violencia desatada. Los artículos del periódico *El Imparcial* describen desde 1901 el alto índice de crímenes y accidentes a causa del pulque y señalan la necesidad de restringir su venta y su consumo. Se inician así las disposiciones oficiales restrictivas conocidas como “Ley seca” que afectaron a la ciudad de México por largo tiempo, pues fue hasta el año 2000 cuando los habitantes de esta ciudad pudieron independizarse de tal medida y tuvieron la libertad de consumir bebidas alcohólicas en un 15 de septiembre.

Si bien en la capital y la zona central existía un alto consumo de pulque, en el resto del país el aguardiente de caña y el mezcal eran las bebidas de mayor producción y consumo. Sin embargo, el pulque y sus locales de consumo eran el centro de las críticas referidas al problema del alcoholismo de la población. Por su parte, Silvino Riquelme argumenta la necesidad del consumo de alcohol para el progreso de las civilizaciones. Este autor habla de las virtudes de su consumo y defiende el pulque como bebida oriunda del país.

El texto menciona la amplitud que alcanzó, en su época de apogeo, la industria del pulque en la región del altiplano, conocida como los Llanos de Apan y que se extiende a los estados de Hidalgo, México y Tlaxcala. Allí los terrenos eran poco propicios para otros cultivos por la aridez de los suelos y la escasez de agua en la zona, mientras que el cultivo del maguey era una tradición de los pueblos nahuas y hña hñu, quienes extraían de la planta aguamiel y tlachique, como bebidas sustitutas del agua. Además, hacían un uso integral de la planta: extraían papel, vinagre, jabón, miel, combustible y fibras, o bien extraían los gusanos que se asientan en la base del maguey e incluso sacaban la flor de quiote que brota del maguey. Lo anterior es enumerado por el autor para contextualizar los posteriores y fallidos intentos que realizaron los industriales para explotar el maguey como materia prima para sacar alcohol, miel, papel y fibra.

Ramírez Rancaño menciona el sistema de haciendas, base de la explotación del maguey, cuya extensión iba desde 1 000 hasta 10 000, 25 000, 30 000 y 100 000 hectáreas. Esto favorecía la aglutinación de la población, ocupada en talleres para reparar maquinaria, espacios para vivienda y centros de trabajo, lo que concentraba una enorme cantidad de recursos económicos y de población en las haciendas, que rivalizaban con el poder y la influencia de los municipios.

Naturalmente que para llevar a cabo la raspa en cada una de las 279 haciendas que se extendían sobre unas 250 000 hectáreas, se requería de un ejército de tlachiqueros munidos de sus acocotes, burros y castañas recorriendo los Llanos de Apan como abejas que recogen el néctar de las flores para formar el panal.

Cabe mencionar que el término “tlachiquero” proviene del nombre de la bebida menos fermentada que consumían algunos de los pobladores, y los acocotes eran las

calabazas huecas con un orificio en cada extremo por medio de la cual, gracias a la aspiración, se extraía el líquido; procedimiento original de los pueblos indios que no cambió, sino hasta que se introdujeron bombas y la parafina en las castañas, donde se depositaba el aguamiel para evitar el sarro y su descomposición.

Por otra parte, el autor menciona el vínculo estrecho entre el auge de la industria pulquera y las rutas del ferrocarril hacia 1860, lo que permitió trasladar masiva y rápidamente la delicada bebida hacia pueblos y ranchos de la zona central del país. Sin embargo, el mercado más importante para su distribución y consumo era la ciudad de México. Por ello, dado el auge de la industrialización, los productores se encargaron de monopolizar los lugares donde se consumía el pulque.

La apertura de nuevos mercados de consumo para el pulque tenía serias limitaciones, pues sufría la descomposición en poco tiempo y no podía ser exportada hacia Estados Unidos, en contraste con otras bebidas, como el tequila, el vino, el mezcal; o la cerveza, que resultó ser la bebida rival y que finalmente le dio el acta de defunción a la industria pulquera.

La organización de productores de pulque se inició con los hacendados de Apan, quienes en 1857 protestaron por un alza de impuestos. Luego protestaron por la lentitud en las nuevas obras de construcción del ferrocarril y después por el alto costo de los fletes. Lograron tener una fuerte influencia económica y política, por lo cual su esfera de acción se centró en lo que el autor denomina un cacicazgo político en el Congreso de la Unión.

Los monopolios nacieron cuando la Compañía Realizadora de Pulques, S. A. buscó monopolizar su producción y venta en la región de Puebla y Tlaxcala en 1906, a través de dádivas y “gratificaciones” a los respectivos gobernadores. Por su parte, la Compañía Expendedora de Pulques se formó en 1909, con el fin de acrecentar el negocio y concentrarse en la adquisición de pulquerías para la venta al público de la ciudad de México. Para ello contaron con el aval de reconocidos “científicos” porfiristas: Pablo y Miguel Macedo (este último ocupó en 1898 la presidencia del ayuntamiento de la ciudad de México y de 1906 a 1911 la Subsecretaría de Gobernación) y Fernando Pimentel y Fagoaga (presidente municipal de la ciudad de México de 1903 a 1911). Estos personajes no eran hacendados, por lo que buscaron hacerse de pulquerías en el D. F. y entraron de lleno en el negocio.

La derrama económica del pulque generó la aparición de monopolios para el reparto y consumo, controlados por hacendados-distribuidores que concentraron la mayor parte de las ganancias. Este jugoso negocio era atractivo para los políticos de la época y se acrecentó por los vínculos familiares establecidos entre los círculos de poder.

El monopolio pulquero en la ciudad de México concentró las 989 pulquerías existentes en manos de 40 hacendados fundadores de la Compañía Expendedora de Pulques. Las críticas que recibieron fueron muchas, pues las discusiones en torno de los problemas del alcoholismo iban en aumento. Así, desde su constitución como sociedad cooperativa hubo una reducción en el número de pulquerías a cambio de un aumento en el horario de venta y su apertura en días festivos. Esto incidió en la

reglamentación del comercio capitalino y las restricciones en la venta del pulque, tal y como las tenía la bebida rival: la cerveza.

A partir del 15 de enero de 1912, bajo la presidencia de Francisco I. Madero, se expidió el reglamento que restringía el horario de las pulquerías hasta las seis de la tarde, y los domingos y días festivos hasta las doce del día, así como un aumento de impuestos. La mano dura en términos fiscales no era tal, pues se sabía la fuerza del monopolio pulquero y la derrama económica que aportaba (entre 20 y 25% del total de impuestos de la ciudad).

Por otro lado, la adulteración de la bebida era grave. La adulteración empezaba con la merma en el tren, de parte de los garroteros que remplazaban el pulque bebido con agua; y ya en las pulquerías se reciclaban los asientos sobrantes dejados por los bebedores y se depositaban en un cubo para volverlos a servir. Pero dada la fermentación del pulque, éste sufría su descomposición y se “picaba”; entonces el jicarero se encargaba de recuperar su buen sabor: “no sólo le ponía organillo, linaza y sacarina [...] sino que también le agregaba sustancias fecales envueltas en un muñeco de género”.

Todo esto provocó que el pulque se convirtiera en una bebida estigmatizada, pues era producida y monopolizada por los ricos hacendados, sin ningún control higiénico y sin supervisión, donde los encargados buscaban sacar sus propias ganancias.

En términos políticos, la vinculación de la familia Torres Adalid y los hacendados pulqueros con el grupo de los científicos durante la época porfirista resultó ser una de sus más pesadas lápidas. La principal bandera del movimiento revolucionario fue agrarista: reparto de las haciendas y acceso a la tierra por parte de los campesinos; pero además, la cruzada antialcohólica fue otro de los argumentos ideológicos desde la época de Carranza.

La dinámica del proceso revolucionario trajo consigo la embestida contra el poder monopólico de los hacendados pulqueros y tangencialmente contra la bebida por ellos producida:

En 1914 los principales socios de la Compañía Expendedora de Pulques se percataron de que la inquina contra ellos era tanta, que en un descuido podían resultar atrapados y enviados al paredón.

En estas circunstancias se ubica la huida de los principales allegados y políticos del porfirismo en que varios hacendados pulqueros huyeron del país. Por último, se registra la salida tardía del enfermo y anciano Ignacio Torres Adalid hacia Cuba, donde murió poco tiempo después.

En 1913, Ignacio Torres Adalid redactó su testamento y, en vista de que no tuvo hijos, decidió destinar su dinero a la beneficencia privada y creó la Fundación Ignacio Torres Adalid para atender a los niños pobres de la zona en donde se ubicaban sus haciendas: Tlaxcala, Hidalgo y el Estado de México.

Tres fechas señalan el declive de la industria pulquera: octubre de 1916, cuando se disuelve la asociación de pulqueros, representada en la Compañía Expendedora de

Pulques; 1924, cuando con base en la nueva constitución agraria se procede a repartir las haciendas pulqueras del altiplano; y finalmente 1936, cuando el gobierno de Lázaro Cárdenas realiza el mayor y más importante reparto de tierras y con ello culmina la pulverización del sistema territorial base de la industria pulquera.

La gran cantidad de fuentes consultadas y de datos recabados constituye uno de los principales aportes de esta investigación, apoyada en una serie de cuadros y datos estadísticos que sustentan los argumentos en torno de los alcances económicos de la industria del pulque y la importante presencia de los empresarios porfiristas en el desarrollo económico del país.

*Evangelina Sánchez Serrano**

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales e Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.